

La oración del Huerto

Retiro de Cuaresma. 2004

Introducción

Nuestro Plan Diocesano de Pastoral no deja de insistirnos en dedicar días y momentos al encuentro personal y comunitario con Cristo en la *oración*. Y nos dijimos que es preciso intentarlo, cumplirlo, siempre bajo la ayuda del Espíritu.

Es año dedicado con interés a la oración. Año dedicado a enseñar a orar, como tarea cristiana y también humana necesaria y noble. Pero, a orar se aprende orando. Orando, y muchas veces esperando.

- En el retiro de Adviento os propuse orar la oración de Jesús al entrar al mundo. "Aquí estoy. Vengo a hacer tu voluntad". Y nos ocupó tiempo esta oración y llenó las semanas de Adviento. Nos deseábamos que ocupara, sobre todo, nuestra persona. Persiste en nosotros repetir: "Lo quiero".

- En los Arciprestazgos, espero que con buen fruto, nos está sirviendo el extraordinario y sugerente texto sobre la oración sacerdotal de Jesús. Es alentador que muchos sacerdotes de la Diócesis, si no todos, tomemos con frecuencia entre las manos "*Conságralos en la Verdad*", del Servicio de Atención a los sacerdotes.

- En este mismo clima me ha parecido lógico proponeros para el retiro de Cuaresma otra oración de Jesús. Para orar con ella. Orarla cada uno de nosotros. Es oración de las que hay que repetir.

Como en Adviento descubrimos la oración de Jesús al entrar en el mundo, y en ella sus actitudes, la oración que os sugiero es la que Él rezó en el último rato de su vida, cuando va a despedirse del mundo, entrando en las horas amargas de su Pasión.

Jesús se fue, con sus Apóstoles, a un huerto conocido, frecuentado, comenta S. Lucas. Y el Señor vuelve a repetir en esta oración que hará la voluntad del Padre. Inició su vida en la tierra abierto plena y libremente al proyecto y a la voluntad del Padre. Ahora está para terminar su vida. Se arranca de los suyos y reza con todo su corazón destrozado el Padrenuestro. La misma oración. "*No se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres*".

1.- Hermanos sacerdotes: Os insinúo dos advertencias: La primera, os digo que es muy serio para mí proponeros esta oración. Da vértigo acercarse al Señor en aquella noche del Huerto de los Olivos. Muchos orantes cristianos, llenos de piedad y admiración, con asombro y gratitud creciente, lo han hecho y nos han dado su testimonio. Santa Teresa la contempla y se refiere varias veces a ella.

Es serio y da vértigo, porque la grandeza impresionante del espíritu hundido de Jesús rompe todos los cálculos, lo mismo que su respuesta decidida y generosa en extremo.

Cuando llegó por primera vez, los suyos no lo recibieron. Cuando va a entrar en las duras horas de su salida del mundo, los suyos no lo acompañan, ya lo han abandonado. Duermen sus amigos. ¿Dormimos nosotros? ¡Qué interpelante nos resulta hoy la pregunta de Jesús! ¿Dormís vosotros? ¿No habéis podido aguantar? Hemos de escuchar esta pregunta de Jesús.

Esta oración sólo puede iniciarse con el corazón despierto, y es preciso dejarle al corazón ser corazón, ser humano. Porque Jesús nunca ha abierto con tanta crudeza y dolor los sentimientos humanos de miedo, de angustia, de tristeza de su corazón. Y, al mismo tiempo, ha patentizado que su corazón está enteramente, con toda reciedumbre, volcado a la voluntad del Padre, aunque sude sangre.

2.- La segunda observación: Hacer despacio, con hondura y serenidad, esta contemplación, aniquila excusas, desarma cálculos y regateos, nos pone al descubierto y en la verdad clara. ¿Qué puedo responder?

Orando la oración de Jesús en el Huerto una potente luz, nacida de Él, abre caminos de libertad profunda, de conversión. ¿Qué es de la verdad de mi vida? ¿Qué es de verdad mi vida? ¿Me seguiré engañando y defraudando a mi comunidad? ¿Cuáles son mis miedos? ¿Hasta qué cima de entrega estoy dispuesto, con su ayuda, a llegar? ¿Quién nos ha dicho que ser cura, ser pastor es cómodo o fácil?

El último rato que Jesús dedicó a la oración fue un rato amargo. Estaba confuso. Es enorme su resistencia espontánea. Junto a la voluntad del Padre apareció el hombre, nosotros, el hombre esclavo y sin esperanza. Apareció también el pecado, el pecado del mundo, el océano de pecados. Amó a Dios, amó al hombre. Y demostró también este amor y apertura a Dios, en el hecho de que le costó mucho orar. Pero lo necesitaba.

Y nadie podrá decir que orar es huir, evadirse. De una vez para siempre, orar como Cristo, lleva al servicio, aunque sea la cruz. La oración termina con el alma templada y fuerte. Atención: El Padre no le quita la prueba. Pero ha cambiado su espíritu. Este es el fin grandioso de su sangrienta oración: "Levantaos. Vamos". Y salió al encuentro de quien lo entregaba traídoramente.

He querido, desde el principio, recordar también el final, para que no aceptemos chantajes. Ni recurramos a rebajas mentirosas. ¿Entramos en oración? ¿Hasta el final?

Es preciso orar al Espíritu. En el "Diálogo de carmelitas" las hermanas suben al cadalso cantando el "Veni, Creator Spiritus". Me he alargado en esta introducción. Este ejercicio necesita precalentamiento. Pero no puedo honestamente dejar de hacerlo.

Los puntos de la contemplación:

- Viendo el lugar
- Anotando actitudes
- Conclusión: La oración de la verdad

1.- Ver el lugar y asomarnos al espíritu de Jesús

La contemplación empieza por invitarnos a *ver* con detención y sin prisas, y a *oír* atentamente. Para que hable después nuestro corazón o se quede callado, admirando y agradeciendo. De lo que la contemplación siembra brotará, sin duda, el fruto. Se traducirá en servicio, en amor, en luz, en verdad y libertad, en fuerza y decisión.

S. Ignacio, como recordamos muchas veces, habla de "*composición viendo el lugar*". Viendo el lugar, el momento, acercándonos al corazón de Cristo, escuchando cada una de sus palabras y manifestaciones. Santa Teresa quería acompañarle y quitarle el sudor, aunque no se atrevía por sus pecados.

1.- *El lugar*. Era conocido, porque fue frecuentado, ya dije, según informa S. Lucas. Muchos comentaristas hacen antes mentalmente el camino desde el Cenáculo al Huerto. Sabemos que fue un camino de noche, aunque alumbrara la luna de Pascua. Fue un camino cargado de tensión. Se habló de negaciones, de abandonos, de traición.

Llegada al huerto. Jesús oró a unos pasos de distancia del segundo grupo de los Apóstoles. Algo pudieron oír y mucho pudieron ver. Nosotros, cada uno, podemos quedarnos aquí, en este segundo grupo, pero no dormidos.

2.- *El cuerpo de Jesús*. Los metros de separación de los tres Apóstoles son descritos como un *arrancón*. Arrancándose se adelantó.

Y hemos de ver despacio cómo el cuerpo de Cristo se desploma. Se arrodilló sobre el suelo y cayó de bruces, sobre el rostro. ¡Verlo!

De rodillas oró Salomón (2Cr 6,13; 1Re 8,54). Y a postrarse invita el salmista (95,6). Esteban oró de rodillas (Hch 7,60), Pedro (Heb 9,40), Pablo, cuando se despidió de los presbíteros de Efeso (Heb 20,36) y en la playa de Tiro (Heb 21,5).

3.- *Su espíritu*. Me cuesta hablar. Lo mejor sería callar. Si os ofrezco mi percepción, es para compartir con vosotros, como me ayudaría conocer vuestra vivencia. No pasa de ser el mío un torpe servicio.

Lo que hoy escuchamos, ahora, son manifestaciones muy personales del propio Jesús. Pocas veces abrió su corazón tan de par en par, para poder conocer nosotros toda su humanidad por el lado de la limitación más agobiante.

Cada palabra de Jesús, de lo que está viviendo, nos atañe.

- “*Estoy triste*”, dijo. Cada uno de nosotros está escuchando estas palabras. Hemos de dejarnos penetrar de esta manifestación tan sincera e inesperada de Jesús. Y Él califica esa tristeza de mortal. Hay que oírlo. Sufre además angustia y fue larga la angustia y la tristeza. Tres veces se arranca de los amigos. Tres veces repite la misma oración, tres veces los encuentra dormidos.

- A la tristeza y la angustia va pegada la *soledad*, se siente abandonado. Hay oscuridad densa en su alma, incertidumbre, como desorientación. ¡Qué pobreza!. Siente miedo y su espíritu está seco. Ha de repetir la misma oración. Delata un sufrimiento indecible. ¿Por qué? ¿Por lo que presiente? ¿Por el hombre? ¿Por el horror del pecado? Jesús se hizo la Pasión Él solo. Esta soledad impresionó mucho a los primeros Padres.

- Y S. Lucas da cuenta de la situación dramática a la que llega. Dice escuetamente: “*Entró en agonía*”. No es en trance de muerte, sino que fue una lucha, sufrió el último asalto brutal del enemigo, que se retiró después del intento primero en el desierto. La oración de Jesús fue una agonía, una dura lucha, y así lo expresa su cuerpo y su espíritu, aunque termina en las manos del Padre. Tres ratos pidiendo que pase, que no llegue. Y diciendo siempre a continuación que se cumpla la voluntad buena del Padre.

- Le ocurrió como a los atletas: Palideció, se estremeció todo el cuerpo, aumentaron las pulsaciones aceleradamente, y empezó a sudar. En este caso hasta sangre. Así, sólo, abordó el último ataque.

Con su alma agitada, como dice S. Juan (18,12) *oraba intensamente*. Fue una noche bien oscura. El Padre no le quitó la prueba. Pero en su alma renació la fuerza: ¡Vamos!

Esta es la humanidad impresionante de Jesús. Gracias, Señor.

4.- *La espiritualidad de Jesús*.

Estamos contemplando. En este trance dramático, que nos coge de sorpresa, se revela la espiritualidad de Jesús. Señalo tres datos:

- *Abba. Padre*. La palabra que más repitió en su oración, y a lo largo de su vida. Llamarle “Padre”, cuando hay amargura y desconcierto. S. Lucas trae el dato de un ángel que le confortó. Llamarle “Padre”, cuando el silencio de Dios es absoluto. ¡El silencio de Dios! ¿Dónde está tu Dios, tu Padre? Y Padre lo llamará varias veces en la cruz. ¿No nos impresiona?

- *La voluntad del Padre* como motor de su vida entera y unificada. Voluntad sorprendente, desconcertante, certera, potente, voluntad de Padre. Con qué poco se puede hacer camino al Reino. Eso mismo, como anotamos, vivió la Virgen María.

- *La copa*. Beberla y apurarla hasta las heces. Beberla sin esperar la recompensa. Este es un reto de la vida espiritual. Desafía nuestros deseos adelantados de seguridad, rompe expectativas y cálculos. Manifiesta la radical confianza de Jesús en el Padre.

Se trata de la profunda y única intimidad de Jesús con el Padre, es puro amor, ilimitado, sin restricciones. A Dios sólo se le puede amar. En Dios Padre sólo se puede confiar.

Pensaba yo en lo que puede significar para cada uno de nosotros beber el cáliz de cada Eucaristía. Hay que cogerlo con las dos manos y beber lentamente, para ser cura y ser pastor con esta actitud de Jesús. Muchas situaciones nuestras se aclaran.

Quiero terminar esta contemplación dejando constancia de algo que los místicos sorprendieron. Les impresionó la tristeza manifestada por Jesús. ¿Puede estar de verdad triste, si vive con Dios y goza de Él? San Juan de la Cruz habla de "martirio de dolores y delicias". Santa Teresa del Niño Jesús: "Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos gozaba de todas las alegrías de la Trinidad, sin embargo, su agonía no era menos cruel. Es un misterio, pero le aseguro que, de lo que pruebo yo misma, comprendo algo" (citado en NMI, 27).

2.- Anotando actitudes

Comienzo este segundo momento de la contemplación recordándoos un párrafo del Papa Juan Pablo II en la NMI. Habla del *rostro doliente de Cristo*. Así lo presenta:

"Pasa ante nuestra mirada la intensidad de la escena de la agonía en el Huerto de los Olivos. Jesús, abrumado por la previsión de la prueba, que le espera, solo ante Dios, lo invoca con su habitual y tierna expresión de confianza: "Abba, Padre". Le pide que aleje de él, si es posible, la copa del sufrimiento (Cf. Mc 14,36). Pero el Padre parece que no quiere escuchar la voz del Hijo. Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso con el 'rostro' del pecado. "Quien no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él" (2Co 5,21; Cf. NMI, 25).

Ante nuestra mirada pasa la agonía de Jesús. A nuestros oídos y a nuestro corazón, a nuestra persona entera llega la oración ardiente del Señor. Es la oración de un hijo, de su Hijo.

2.1 *La oración de un Hijo*

Πατερ, "Padre": Se oye en los cuatro evangelios. Padre todopoderoso. "Padre, todo lo puedes".

- Cuando Jesús en el Huerto se ve abrumado y deshecho, recuerda al Padre que le habló en el Jordán y en el Tabor. Muchos oyeron aquellas palabras del Padre y hoy las leemos también con todo su vigor y actualidad.

El Padre habló y expresó públicamente que era el Hijo bienamado, el Hijo de su complacencia, a quien debemos escuchar. Fuera de Jesús nadie ha escuchado estas palabras dirigidas a Él. El Padre apoya su misión, se la confirma. S Juan afirma que, al final de su vida, vino también una voz del cielo: "*Lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré*". Y Jesús explicó que aquella voz, como en el bautismo y la Transfiguración, "ha venido por nosotros" (Cf. Jn 12, 28-30).

Esta voz clara inundaba el corazón de Jesús de luz y de fuerza. De ese corazón le salieron impresionantes manifestaciones de quién era el Padre, de cómo era el Padre. Él lo había visto y oído. Tened esperanza, que no se cae una hoja del árbol sin su permiso. Ensanchad el corazón hacia el mañana, porque Él se cuida de los gorriones y cada día teje vestidos hermosos para las flores. En su corazón de Padre desborda la misericordia y hace lucir el sol para los hijos buenos y los renegados. En el Padre sólo hay amor ardiente.

En los cortos años de su vida pública oró noches enteras al Padre, y un día emocionado por los sencillos y los pobres, no pudo contenerse y rompió en una oración de ferviente acción de gracias: "Padre, te bendigo" (Cf. Mt 11,25).

Y es igualmente impresionante la oración de Jesús ante la tumba de Lázaro. Manifiesta que el Padre le escucha aun antes de haber formulado en voz alta y perceptible su oración:

"Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía que Tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por éstos que me rodean, para que crean que Tú me has enviado" (Jn 11, 41-42). Y, a continuación manda a Lázaro salir fuera.

Esta es la experiencia de Jesús en toda su vida. De verdad, como dijo a los 12 años, Él estuvo siempre en las cosas de su Padre (Cf. Lc 2,49).

- ¿Qué ocurrió en el Huerto? ¿Dónde está el Padre misericordioso y que siempre escucha, para Él que ha vivido con total fidelidad y entrega?

Pues bien, a pesar del silencio absoluto de Dios, Jesús le llama *Padre*. Es grandioso el espíritu de Jesús. Y emociona. Rato y rato, llamándole "Padre". No tiene otro nombre en sus labios y en su corazón. Llamar a Dios "Padre" en el Huerto nos da la medida de cómo vive Jesús su filiación. Es Hijo y le llama "Padre", aunque se le revienten las venas y jadee sudoroso y confuso.

Acepta sin reservas. Confía en Dios, que eso quiere decir Padre. Aguanta su silencio. Por encima de todo, es Padre.

Así rezan los hijos de verdad. Es rezar el Padrenuestro con todas sus letras. ¡Qué grande es Jesús! Me puedo fiar de Él.

Y ya para siempre vino a decirnos que "dejemos a Dios ser Dios". "Que Dios es y eso basta". Que Dios es Padre.

Nos hará bien, amigos sacerdotes, pegarnos al Señor. Esto fue así. Cuántos ratos han pasado los santos en el Huerto. Hemos de ir al Huerto. Despiertos. Con frecuencia. Que recen a Dios los sacerdotes que sufren, que sufren la contradicción, el fracaso, la sequedad. Hay que ir al Huerto. Y será bueno que todos tengamos, a nuestra medida limitada, la experiencia del huerto. Así, es grande el sacerdote que con el corazón partido, quemado de hastío y soledad, o ennegrecido por el pecado, se pega al suelo para decirle a Dios "Padre". Padre, soy tu hijo sacerdote. Aquí estoy. Jesús me lo ha enseñado.

Os sugeriría, para que no fuera una contemplación que pasa, que cada uno escribiéramos, como Carlos de Foucoud nuestra oración del Padrenuestro: "Padre, me pongo en tus manos. Haz de mí lo que quieras".

Ésta es también la grandeza de la Virgen. Es la grandeza de Jesús. Eso es hacer la oración de un hijo.

2.2 *La oración del siervo*

La oración de Jesús en el Huerto tiene también las actitudes inimaginables del Siervo de Yahvé. Vive el hijo, sufre el siervo. La profecía del Siervo obediente y cordero lleno de mansedumbre se cumple también aquella noche. Y hemos de acercarnos con respeto y gratitud inmensa a Jesús. ¿Por cuántos está rezando Jesús? Sufriendo aprendió a obedecer y a decir: "No se haga lo que yo

quiero y te pido, sino lo que Tú quieres". Creedme, cuesta escuchar esta oración y agarrarse a ella, cuando lo más íntimo de nosotros chirría. Pero no podemos ignorarla, ni podemos pasar de puntillas por ella.

Algunas indicaciones para esta oración del Siervo:

1º Es verdad que Jesús nunca, al rezar, llama a Dios "*Señor*". No nos suena en la boca de Jesús. La palabra única y siempre, como acabo de mencionar, es "*Padre*". Impresionó esto a los que lo oían rezar, y nos lo han conservado hasta en la lengua original de Jesús. Yo, diciendo hoy "*Abba*", repito la misma palabra con que Jesús oraba. A Dios le suena esta palabra.

- Sin embargo, el Padre sí le llama a Jesús su "*Siervo amado*". De Isaías lo reproduce S. Mateo (12,18). Y se repite en los evangelios.

- Como a los Apóstoles, hoy nos cuesta también a nosotros escuchar de Jesús que ha venido a servir, no a ser servido (Cf. Mt 20, 28; Mc 10,45) Y lo hizo. Se ponía el último. Se arrodilló en la noche de la Cena. Estoy entre vosotros como el que de verdad sirve (Cf. Lc 22, 27)

- Lo que vieron los primeros cristianos y les admiró profundamente es que "siendo de condición divina, asumió la condición de siervo". Y para todas las generaciones lo dejaron escrito en un breve poema, que repetían y repetimos (Cf. Flp 2,7).

A Jesús los primeros creyentes le llamaban "*el Señor*". Pero en sus discursos y en la oración a Dios le llaman también "*tu siervo Jesús*" (He 3,13;26; 4,30). Y es que toda la vida de Jesús fue la reproducción viva del Siervo de Yahvé, el Santo Siervo de Dios (Cf. He 2,27; Mc 1,24; Lc 1,35). Jesús el Servidor del Padre; Jesús cumple con el corazón repleto la voluntad del Padre. "Obedeció"

2º En esta oración, como os decía, el Hijo hace al Padre la oración de su Siervo Santo. Es la oración de un **pobre**. Es un misterio impensable. Se van reproduciendo en su cuerpo y en su espíritu las señales del Siervo.

- Es la oración de un pobre que suplica ardientemente con el alma anegada de angustia. ¿Por qué desfalleces, alma mía, por qué te agitas? Se dice. Pero también oye: ¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué me has rechazado? Se pregunta. Tus olas me aplastan, le confiesa al Padre. Son ecos de los salmos 42 y 43. Y, con el mismo salmo, al acabar, escucha con claridad en su interior: Espera en Dios. Espera en Dios. Es la salvación de tu rostro.

- Es la oración de un pobre que busca consoladores y nos los encuentra (Sal 69, 21). Sus amigos están a enorme distancia (Sal 38,12). Como Job, en el muladar, sentía lejos a sus hermanos y les pide piedad (Cf. Job 19, 13-19.21). Y se asombra de que no hubiera quien le apoyase (Cf. Is 63.5).

- Es la oración de un pobre que deja plenamente la iniciativa a Dios. A Dios Padre, que guarda silencio. Pero ha venido para hacer su voluntad, y obedecer le costó sangre. La sangre del Siervo desfigurado y solo.

- Es la oración de un pobre, que grita desde lo hondo, desde el pozo oscuro de su miedo y su tristeza horrible, espera la Palabra de Dios, más que los vigilantes la aurora, porque Él está vigilante y Dios es amor (Sal 130).

3º Hermanos sacerdotes: Me costaba escribir estos párrafos y los escribía con sequedad. Tal vez hay que escribirlos así, cuando se contempla a Jesús pobre, sin fuerzas, hundido. ¿Cómo quiero hacer yo la oración del Siervo? Y ¿cómo no hacerla?

Me animaba pensar que muchos seguidores de Jesús, se declaran sin rubor y con fuerza "*siervos de Jesucristo*". Así lo afirman grandes amigos y testigos de Jesús.

Para Pablo el mejor título, que repite en sus cartas, es “siervo de Jesucristo” (Cf. Rm 1,1; Flp 1,1; Gal 1,10). A sus amigos les llama “consiervos” (Cf. Col 1,7; 4,7.12). Simón Pedro también es “siervo de Jesucristo” (2Pe 1,1.). Y Santiago (1.1) y San Judas.

Junto a Jesús en el Huerto, cuando llegó la Pascua, se abrió la lista de los que quieren ser servidores y siervos incondicionales de Jesús. Nada le negaron. Todo le dieron. Aprendieron que sólo hay un modo de ser libres y es servir a Jesucristo. En esta lista está el nombre de cada uno de nosotros.

La oración de Cristo Siervo del Padre ha creado una espiritualidad espléndida. Él ha abierto el camino. Va delante. Y junto a Él, María, la esclava del Señor.

Os propondría, hermanos sacerdotes, poner en vuestra personal e íntima tarjeta de visita, junto a vuestro nombre, “presbítero, siervo de Jesucristo”.

Para todos nosotros es camino que recorrer. Y, desde luego, se benefician nuestras comunidades. Ha merecido la pena la oración de Jesús.

2.3 *El silencio de Dios*

Repasando páginas de la Historia de la Salvación encontramos orantes que detienen el sol o cambian el brazo poderoso de Dios. Contra toda esperanza viene en su momento el hijo deseado e imposible humanamente. En el Nombre del Señor un mar se partió en dos. Y una pedrada en la frente derribó al gigante desafiante.

Jesús mismo oró al Padre y le escuchó, y Lázaro maloliente salió por su pie del sepulcro.

1º Pero aquella noche del Huerto el cielo estaba totalmente cerrado. Es la oración en la prueba. En la Historia Sagrada muchas veces Dios guardó silencio, aunque oía el gemir sincero. Un ejemplo: Trajeron el Arca al Campamento para vencer a los filisteos y el Arca acabó en manos de los filisteos, pasando por encima de treinta mil israelitas muertos.

Emociona, además, orar con los salmos. A veces el orante tiene la boca reseca y ronca la garganta. Quiere despertar a Dios, que duerme. Le incita a la prisa, como tantas veces rezamos. ¿Es que no te importa? ¿Qué dirán tus enemigos, si no acudes en ayuda de tu fiel? ¿Por qué no intervienes y sigues reteniendo tu mano escondida?

Job llegó hasta blasfemar de Dios. Al final terminará diciendo que en el estercolero y con su carne podrida ha visto a Dios cara a cara. En la prosperidad conocía a Dios sólo de oídas.

Abrahán llegó hasta el final. Pero un ángel detuvo su mano. Sin embargo, “a su Hijo propio Dios no le perdonó” (Rom 8, 32).

¿Qué sentido tiene el silencio de Dios?

2º “Lo que pidáis al Padre en mi Nombre tened la seguridad de que Él os lo concederá” (Jn 16,23). Esta noche quien pide al Padre es el propio Jesús. Siempre lo había escuchado. ¿No oye ahora? ¿Se ha endurecido el corazón del Padre? La oración de Jesús se hace lamento, pregunta urgente, es de desconcierto, como si dijera “no lo entiendo”.

Es preciso que nos acerquemos y atendamos. Jesús le dirá “Padre”, y el Padre, que de las piedras puede hacer hijos de Dios, *no lo libra de la prueba*. Esto no se puede contemplar con prisas. ¿Por qué, si le soy fiel?

Dios libra siempre del mal. Pero la prueba no es un mal. Así, Jesús inicia la lista de los mártires, de todos los ajusticiados injustamente.

3º El silencio de Dios desencanta a muchos, nos desconcierta, nos desinstala de nuestras seguridades, nos fuerza a superar los deseos, nos hace agotar el límite y la verdad de nuestra fidelidad. Aquella noche Jesús estaba dando un testimonio heroico de *fidelidad* a Dios Padre, aunque nota con mucho dolor su ausencia, que lo lleva al borde de la muerte. Pregustó su muerte cercana.

4º Jesús no necesitaba *purificar* sus deseos y sufrió el silencio del Padre. Pero nosotros sí, y muchas veces necesitamos purificarnos. Necesitan limpieza nuestros deseos más sinceros. Necesitan verdad nuestras motivaciones más espirituales. Porque nos quiere Dios, ha de desconcertarnos. Después de la oración del Huerto nadie, con un poco de razón, dejará de seguir creyendo en el Padre, aunque lo que espere es el Vía crucis.

El silencio de Dios pone a prueba las dimensiones de nuestro amor a Él. Dios, con toda certeza, habla en su silencio, se nos revela, porque, con su silencio nos introduce en el sentido más puro de nuestra original relación con Él.

5º Y es que la oración al Padre, la oración del hijo y del siervo nunca puede ser un intento de *obligar a Dios*, sino que es siempre nuestra *oferta disponible*. Un dios que podamos comprender no es Dios. Un dios que nosotros podamos domesticar no es Dios, es un becerro.

6º El silencio habla. Con el silencio nosotros también hablamos. En el silencio Dios se revela de una forma de las más sutiles. La noche oscura también es elocuente.

Me atrevo a hacer una extensión de lo que afirma S. Pablo, cuando reflexiona sobre la Cruz de Cristo. La necesidad de Dios, dice él, es sabiduría superior a todos los premios Nóbel. La debilidad de Dios tiene más fuerza que todos los hombres de la historia. El silencio de Dios, podemos decir, es más elocuente que los extraordinarios oradores. El silencio de Dios en la cruz revela caminos nuevos del amor de Jesús, de su fidelidad incondicional, de lo que Jesús siente de Dios. Nos faltaba este dato revelador.

7º Os invito, con todo interés, hermanos sacerdotes, a hacer personalmente esta contemplación y no, sobre todo, para repetirla en la Hora Santa del próximo Jueves Santo. Hago yo la oración. La hago para mí, que es el mejor modo de no hablar de oídas. ¿Qué me dice? ¿Qué ilumina Jesús de mi vida, del modo de vivir hoy el ministerio?

Llegamos a un punto crucial, existencial. Es la "hora baja". Nos llegan horas bajas. El ciclo se repite. A veces se ausenta de nosotros la alegría. Nos atrapa la angustia. Se agiganta el sinsentido. Se hace muy densa la soledad. Se agranda el fracaso. ¿Ha merecido la pena? ¿Qué salida cabe sino la rutina, el acomodarse al siglo, tirar la toalla, ejercer con mínimos? Sabemos que la "hora baja" llega, puede llegar, nos ha llegado.

¿Dónde está Dios, si he sido fiel? S. Juan de Ávila llega a afirmar que el sacerdote ha de tener experiencia de que Dios le escucha; habla él de "amansar a Dios". Y, ¿qué pensar cuándo Dios no se da por enterado, a pesar de mis gritos?

La oración del Huerto es punto de referencia para los momentos oscuros, y para cuando nos acecha la tentación de la mediocridad. El mejor premio de la fidelidad es mantener la fidelidad. Así a quien se revela es a Él.

Me atrevo a decirlo: Enhorabuena, si llega la hora baja, la hora de sentir la ausencia de Dios, y la sequedad que produce. Estás cerca de Jesús en el Huerto. Y, además, no estás dormido.

A Jesús se le reventaron las venas. Un grupo de sacerdotes repetimos a conciencia: "Aquí estamos. Seguiremos. Te seguiremos". Hemos aprendido cómo se supera el miedo y el desencanto. "Aquí estoy, para hacer tu voluntad, que es que sea sacerdote". Es la hora de los fieles de verdad. Estos pastores, en su debilidad, engendran comunidades.

El desconcierto no se supera sin Jesús. Es la salida que tenemos. De verdad: Ir al Huerto es preciso. Es hora de la verdad.

Y sabremos decir a otros dónde está Dios, cuando el silencio de Dios cunda. ¿Por qué no interviene? ¿Dónde está su amor al hombre y su justicia?

Fue en un campo de exterminio. Así he leído el testimonio. Se reunió a todos los barracones. Delante de todos se iban a ejecutar a tres presos. Uno de ellos un niño de doce años. Alguien del grupo, viendo horrorizado la escena, dijo por lo bajo: ¿Dónde está ahora Dios? Alguien pudo oírlo. Y le contestó con claridad: "En el niño que van a ahorcar".

Cuando soy débil, soy fuerte. Jesús está en el sacerdote que sufre oscuridad y pesimismo por ser sacerdote, siendo fiel. Dios le da la prueba de su fidelidad.

Esto es así. En la enseñanza académica hay temas que sólo con autoridad puede desarrollar el catedrático. Me he atrevido a balbucir un tema que sólo Jesús enseña con autoridad. Con Él os dejo.

4.- Conclusión: La oración de la verdad

Es tiempo de terminar mi conversación. Mucho deseo dejaros el hábito sincero de ir al Huerto, con frecuencia, como hacía Jesús y, además, llevaba consigo a los Apóstoles siempre. Oramos con Él en todo momento. A eso nos invita cada día Jesús.

Es año de oración. Es compromiso escrito en el Plan Diocesano. La Cuaresma es invitación a orar. "Cuando oréis", escucharemos el miércoles de ceniza. "Nosotros nos dedicaremos a la oración y a la predicación de la Palabra". ¿Pasaré el curso sin dejar huella de encuentros con Jesús en la oración? Es mitad de curso, tenemos tiempo.

El que serenamente contempla a Jesús en el Huerto con dificultad deja ya la oración. Y no fue precisamente una oración de quietud y de gozo sereno. Fue una oración atormentada. El último rato de oración de Jesús no fue un arrobamiento o levitación. Al contrario, tuvo que pegarse al suelo.

Pensaba que la oración de Jesús en el Huerto es la oración de la verdad en muchos ámbitos de mi vida.

- La verdad de la *fidelidad* a Dios, a Jesús. Jesús fue fiel al Padre y a su proyecto. Y fue fiel, cuando se encarnó, cuando vivió, cuando encaró el camino de la cruz. Siente siempre hondamente el abandono del Padre y le es fiel.

¿No os parece que es un reclamo para nuestra fidelidad? Ser los sacerdotes fieles de hoy. Sin prueba la fidelidad es somera y poco creíble. Seguir a Jesús es muy serio y señal de inteligencia. Lo prometí, me consta que lo quiere. Con su gracia le seré fiel.

- La verdad de la *grandeza de ánimo*. Dios, a sus amigos, los prueba. Es una ley que viene de la Historia Sagrada. Y tenemos la respuesta de los grandes creyentes.

La oración del Huerto ilumina con claridad nuestras motivaciones, su valor y su sentido. ¿Por qué sigo ejerciendo el ministerio? Creer en Dios y confiarse a Él en la contradicción, en el trato injusto, en el silencio de Dios, es de ánimos grandes, que todos podemos ser, porque Jesús oró primero y ora ahora con nosotros.

La respuesta no es dormir, sino creer, confiar, levantarse, ofrecerse.

- Se llama también *fortaleza*, que es un don del Espíritu. Ser sacerdote entero, gracias a Dios, en muchas ocasiones tiene un precio aceptado y ofrecido. Puede existir crisis de coherencia, de aliento, de parresía, de fortaleza. Para estas crisis es antídoto la oración del Huerto.

- La verdad no sólo de mi amor fiel a Dios, sino que esta oración manifiesta la verdad de mi *amor al hombre*. La tentación es la huída del hombre y dejarlo solo, cuando es el mismo hombre el que rechaza a Dios o sale con palos y armas contra el Señor.

Es la vocación grande y noble del pastor. Jesús nos soñó grandes y nos hizo pequeños, de puro barro. En la oración del Huerto se descubre que la tarea de salvar y de liberar es de gente empeñada hasta el sacrificio personal. La fuerza la da esa oración, y la luz y lucidez necesaria para no responder con la mera queja o la inhibición.

Esta es la oración que ha alentado tantos orantes. Es la oración que ha mantenido a tantos sacerdotes en los momentos oscuros, de zozobra o desconcierto. Es la oración de Jesús que marca los rasgos del pastor, que entrega la vida por las ovejas. Es oración que abre futuro. Es oración para nuestro tiempo duro y de contradicción.

Seguían a Jesús muchas veces con entusiasmo popular. Otras veces les desconcertaba y su vida provocaba contradicción. Dedicó mucho tiempo a enseñar. En público y en privado. Con autoridad.

Faltaba la última lección. La más dura y liberadora. La prueba del amor supremo. Supremo, porque empezó por una noche de entrega y de soledad, de miedo y de horror. La lección quien la da es verdadero hombre, en la más pura debilidad. Así ama Jesucristo. Así ha soñado a los sacerdotes.

Termino con dos preguntas, al final de esta contemplación:

1ª *¿Quién afirma que orar es huir?*

Esta oración acabó con esta palabra impresionante: ¡Vamos! Y salió al encuentro, porque ya se oía el ruido de los pasos y de los palos de aquel grupo de cobardes y traidores. Salió a su encuentro.

Orar compromete mucho. Compromete hasta el final, porque el compromiso lo apoya el Espíritu. Compromiso sin oración, entre nosotros, es voluntarismo agotador y hasta suicida. "Si el Señor no construye la casa". "Sin Mí nada podéis hacer".

La oración sin compromiso no es cristiana. No basta con decir "Señor, Señor".

2ª *¿Se puede ejercer el ministerio sin orar como Jesús?*

Os pido que nos hagamos esta pregunta. Creedme. Con la oración de Jesús se iluminan muchos fallos nuestros, muchas trampas y sucedáneos, muchas apariencias y superficialidades, se cuestionan motivaciones.

Se dan, por el lado distinto, pistas liberadoras y creadoras. Se abre a la fidelidad. Se oye en el interior: Hoy es posible ser pastor entero. Hoy es necesario ser sacerdote según el corazón de Cristo.

Y lo digo no apoyado solamente en mi propia convicción. Es contemplando a Cristo. Orar no es opcional. Orar no es hobby. Orar no es para cuando tenga tiempo. A la oración no siempre he de darle el tiempo más deteriorado. Aunque también existe la oración del sacerdote cansado. Y en su grado extremo, cada sacerdote, puede tener sus horas de huerto.

Cuaresma es llamada a la conversión. A ella nos lleva esta oración de Jesús, que hacemos nuestra.

* A lo largo de la contemplación, si hemos mantenido el espíritu despierto, hemos debido anotar campos para la **conversión**. Orar y dejarme convertir es tarea de Cuaresma. Y esto *mirando* a Cristo. ¿Qué me provoca esta contemplación?

* Desde la contemplación un segundo campo nos lo requiere la pregunta de Jesús.

Bien sabéis, por otra parte, los cambios tan profundos que está sufriendo la sociedad. En sólo 10 ó 15 años. Hay que caer en la cuenta cómo ha cambiado Alicante. Sin darnos cuenta se perfila una sociedad nueva. Hemos de observar con atención las urbanizaciones, la llegada de inmigrantes y turistas. Visitantes tan distintos.

¿Dormís?, nos pregunta Jesús. ¿Tenéis los ojos cerrados y apagados? Velad. Abrid los ojos. Otro campo de conversión,

* Y conmigo venid a orar. Es hora de generosidad, de fortaleza, de entrega gratuita. Son propuestas de conversión. Y la respuesta es:

“Aquí estoy. Lo quiero”.